¿Por qué llora la Llorona?

HÉCTOR ZAGAL
@hzagal

¿Cuál es la leyenda mexicana que más les suena? ¿Monjas en los edificios viejos? ¿Aparecidos en las carreteras? ¿Enfermeras fantasmagóricas? ¿Túneles secretos en el metro? ¿Muñecos asesinos?

Todos los mexicanos hemos escuchado la leyenda de una mujer que vaga por las noches lamentando la muerte de sus hijos. La Llorona tiene siglos de ser contada. La *Historia* general de las cosas de la Nueva España, atribuida a Fray Bernardino de Sahagún, documenta una serie de presagios funestos sobre la caída de México-Tenochtitlán. El franciscano lo explica en el libro IV de la mencionada historia:

> ...muchas veces se oía: una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:
> —¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!
> Y a veces decía:
> —Hijitos míos ¿a dónde os llevaré?

Fray Diego de Durán también habla de una mujer que llora y gime en las noches, llanto que angustia a Moctezuma II. *La Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz de Camargo también transmite la misma leyenda.

En el Virreinato, según Luis González Obregón en *Las calles de México*, la leyenda de la Llorona se construye alrededor de esa frase que repite una y otra vez. «¡Ay mis hijos!», que exclama una mujer fantasmagórica. Se cuenta que una mujer indígena se enamoró de un español, con quien engendró hijos. Eventualmente, el tipo la abandona por otra mujer. En un arranque de celos e ira, ella ahoga a sus hijos como venganza contra aquel hombre desleal. La traición de un hombre desencadena el asesinato de unos niños por parte de su madre.

Actualmente, esta leyenda se extiende por todo el país, siempre alrededor de un cuerpo de agua. Incluso en los desiertos del norte, se escuchan sus gritos cerca del pozo del pueblo. Hay Lloronas en toda la república. Es llamativa la persistencia del agua en los diversos relatos. Recordemos que, en ese tiempo, la ciudad de México, surcada por un sinnúmero de canales, estaba en medio de un lago. Tal aparece, que en las Lloronas contemporáneas el agua es una reminiscencia mexica.

Esa referencia al agua aparece en la película animada *La leyenda de la Llorona* (2011), dirigida a niños. La trama, edulcorada para el público infantil, cuenta la historia de una madre que pierde a sus hijos en una canoa en Xochimilco. La película es simpática, aunque a mi sobrina más pequeña la asustó.

Esta imagen de una madre lamentando sus acciones trágicas tiene un paralelo en Europa. Se trata de un arquetipo: una mujer es traicionada por su esposo; la ira la consume y asesina a sus hijos para que el padre sufra. ¿Solo en México? En el mundo greco-romano existe Medea.

Medea es la protagonista de una tragedia griega escrita por Eurípides. Medea, una poderosa hechicera, hija del rey de la Cólquide, se enamora de Jasón, líder de los argonautas. Ella se enamora tanto de él que traiciona a su propia familia y ayuda a Jasón a robar el Vellocino de oro, el mayor tesoro del reino de su padre. La pareja huye a Grecia. Como el viajecito de regreso fue tardado, les dio tiempo de procrear a dos niños. El tiempo pasa y Jasón se compromete con Glauce, hija del rey Creonte de Corinto, para asegurar su posición y poder. En el colmo del cinismo, Jasón le dice a Medea que él se casará con Glauce por el bien de sus hijos y que, en lugar de enojarse, ella debería estar agradecida porque él la sacó de una tierra de bárbaros. Medea, profundamente lastimada por esta traición, urde una trampa para envenenar a la nueva prometida y a la vez, mata a sus propios hijos para hacer sufrir a Jasón.

Con miles de kilómetros y siglos de diferencia, tanto en Grecia como en México, se genera un arquetipo análogo. Los arquetipos se basan remotamente en hechos de la vida real, estilizados, reinterpretados, transmutados. No quiero que se me malinterprete. Los arquetipos no son espejos de la realidad: son los tipos que la comunidad se ha forjado. El príncipe azul no retrata cómo eran los príncipes medievales, sino lo que la comunidad pensaba que era un príncipe. Todo estereotipo tiene mucho de estereotipo y, por ello, deben examinarse críticamente.

Medea y la Llorona son el arquetipo de la mujer víctima de varón, que ejerce la violencia vicaria. Para lastimar al varón violento y abusivo, la mujer lastima a los hijos. Su dolor y enojo le impide advertir que ella misma también se inflige un daño. Está condenada a sufrir por su propia venganza. Nótese cómo la comunidad tiende a reprobar únicamente a la mujer, sin advertir el papel tóxico y destructivo del varón. Ciertamente, es absolutamente injustificable que una mujer asesine a sus hijos, pero también es injustificable que un tipo se desentienda de sus hijos y de la madre de sus hijos.

No sabemos si el arquetipo de Medea existía en Mesoamérica. La mujer que gime en Tenochtitlán se lamenta porque los conquistadores les arrebatarán su ciudad. No es la Llorona, sino

la madre que conoce el terrible futuro de sus hijos. Sin embargo, es un hecho que esa mujer mexica devino la Llorona mexicana.

Los arquetipos se transmiten de generación a generación; cargamos con una cultura inconsciente. Aunque no conozcamos el origen de algunas expresiones, sabemos cómo usarlas. Un ejemplo elocuente es el uso de diminutivos en el español mexicano, especialmente en el centro y sur de país. «¿Me esperas un minutito? ¿Ahorita te llamo? ¿Me das un vasito de agua?». Este uso del diminutivo, que tanto extraña a los hispanoparlantes peninsulares, procede de un origen prehispánico. En el náhuatl se usaba el diminutivo no solo para hablar de objetos pequeños, sino también para hablar con respeto. En el siglo XVI, los hablantes del náhuatl trasladaron esa morfología al castellano. Los mexicanos del siglo XXI usamos el diminutivo con la misma destreza que nuestros antepasados mesoamericanos. Aunque México-Tenochtitlan ya no está en medio de un lago, la Llorona aún sigue apareciendo en el agua.

Las películas comerciales explotan estas ideas. Disney presenta(ba) a la princesa que espera(ba) al príncipe que la libere; Cantinflas encara al holgazán, pícaro y burlón, a quien todo le sale bien; en *Breaking Bad* vimos cómo la codicia y el orgullo transforman a un hombre bueno en un villano. ¿La sociedad se cansa de ellos?... A veces. La vieja princesa Disney ya no refleja la realidad centenial. La mujer se ha emancipado del patriarcado y ahora es un agente protagónico que no necesita ser rescatada por un príncipe. Las nuevas princesas Disney reflejan una realidad distinta: la de la mujer profesionista y emprendedora, que no necesita de un príncipe que la salve de un dragón.

Quienes viven de explotar creativamente los arquetipos —como las empresas de entretenimiento, de publicidad, de videojuegos— advierten antes que los demás, cuándo un arquetipo está por caducar. La princesa se vuelve heroína. Si no se transforma, la sociedad deja de entender esos arquetipos. La gente ya no comprende el arquetipo, porque sus instancias concretas ya no existen.

A mí me gusta pensar que habrá un día en que la Llorona y Medea dejarán de ser arquetipos, porque habrá un tiempo en ninguna mujer será víctima de la violencia del varón y las relaciones tóxicas serán una excepción. No obstante, los índices de violencia contra la mujer sugieren que, lamentablemente, no podremos olvidar esta situación pronto.

Pero de algo sí estoy seguro y es que, si has llegado hasta el final de este artículo, tú eres un creador de nuevos arquetipos, de arquetipos donde todos, absolutamente todos, seamos personas más plenas, íntegras y felices. **</>**

El autor es profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana y profesor invitado del área de entorno político social de IPADE Business School.